

Diez Años de Pontificado

Antonio Izquierdo

El 16 de octubre Juan Pablo II cumplió 10 años de elección al pontificado. Una mirada retrospectiva a la década anterior (1968-1978) evidencia el punto álgido de las convulsiones subsiguientes al Concilio Vaticano II. 1968 es el año de la revolución estudiantil y el de la "Humanae Vitae". Con esa fecha comienza la década del mayor descenso en la escala de las vocaciones sacerdotales y religiosas, y de mayor confianza, demostrada posteriormente ilusoria, en la ciudad secular. En esa década germina y florece la teología de la liberación y el ultrancismo conservador, la experimentación litúrgica y el ausentismo dominical de las iglesias, el disentimiento teológico-ecclesial y la desvalorización del Magisterio pontificio y episcopal. El heroísmo de equilibrio y conciliación de tendencias, manifestado por el Papa Pablo VI, y la imponente grandeza de su amor eclesial y de su sufrido sentido de responsabilidad, no darán sus frutos sino hasta la década siguiente. Juan Pablo II desde el inicio de su ascenso a la cátedra de Pedro vio en Pablo VI su maestro y, cabe añadir, que el Papa actual es igualmente heredero del Pontífice más incomprendido a la vez que más complejo y genial de nuestro siglo.

Una década, en la perspectiva de la historia, es un punto perdido en el firmamento de los siglos y de los milenios. Me pregunto cómo será considerada la década 1987 — 1988 dentro de cien o doscientos años. En la actualidad ha recibido nombres que subrayan su vinculación con el pasado: década posconciliar, posmarxista, poscristiana, posmoderna, denotando cada adjetivo un matiz propio registrado en los archivos de la historia. ¿Qué nombre recibirá dentro de tres o cuatro generaciones? ¿Qué palabras-claves resumirán su incidencia en el futuro de la humanidad?

Podría denominarse tal vez la década de la restauración, si este término no hubiese sufrido el síndrome de la polémica y del ma-

lentendido. O quizá la década de la Iglesia-Comunión, concepto tan realizado por el Sínodo extraordinario para celebrar el 20º aniversario de la clausura del Concilio Vaticano II. Es posible que se hable de la década del Papa misionero, que ha transformado la tierra en una sola, enorme parroquia. O, por un decir, se hablará de la década de la apertura ecuménica a cristianos y no-cristianos, simbolizada dicha apertura en el encuentro interreligioso de Asís (27 de octubre de 1986), designado por algún periodista como la ONU de la fe. La historia tiene la última palabra, pero me gustaría que esta década se recordara como la época del cristo-humanismo, es decir, la década en que el Papa ha lanzado desde su primera encíclica programática un potente grito a los hombres contemporáneos: "Abrid de par en par las puertas a Cristo, Redentor del hombre, centro del cosmos y de la historia". Cristo es el camino del hombre y el hombre es el camino de la Iglesia.

No conviene quedarse en estadísticas (países visitados, kilómetros recorridos, documentos publicados, discursos pronunciados) ni en las anécdotas que, como florecillas, han crecido espontáneas en esta década pontificia. Se ha de dar poco valor a las clasificaciones periodísticas del Pontífice: El Papa deportista, el Papa simpático, el Papa eslavo o el Papa inquisidor, el Papa víctima o el Papa "superstar". Y no hemos de prestar atención a la hermenéutica de los intransigentes, que pretenden un Papa y una Iglesia escorados a babor o a estribor, según los vientos de las ideologías dominantes o de las personales inclinaciones. No basta con leer los grandes titulares de la prensa con que se han conmemorado los diez años de pontificado. "Su mayor placer es vestir como montañero", "Ahora el Evangelio va por el mundo en Jumbo y Jeep", "En forma a pesar de las balas" o "El Papa entre visillos", por mencionar algunos. Todo esto no son sino hilos de un entramado o piezas de un mosaico con que se trata de reconstruir al hombre en Cristo y desde Cristo, quien revela el Hombre al hombre.

Se ha dicho que los grandes problemas requieren grandes respuestas. El problema más importante de la hora presente es el hombre, el corazón del hombre. El riesgo de la deshumanización ronda el sagrario íntimo del corazón humano. La patata caliente de nuestra sociedad no es la técnica o la ciencia, la biogenética o la investigación espacial, el desequilibrio entre Norte y Sur, el grito lastimero de los pobres y la carcajada clamorosa de los ricos. La patata caliente es sólo el hombre. ¿Qué quiere decir ser hombre? ¿Quién es el modelo verdaderamente único y auténtico del ser humano? ¿Quién se apuesta la vida entera a la única carta del Hombre?

La Iglesia de Juan Pablo II ha escogido como camino de su recorrido histórico al hombre. Primeramente a Cristo-hombre, uno más entre los billones de seres humanos y al mismo tiempo el UNICO; a Cristo, redentor del hombre, revelador del misterio trinitario y de su eterno designio de encontrarse con el hombre para ofrecerle su amistad y su amor salvífico. A Cristo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para liberar al hombre de las cadenas de la opresión y del pecado, y darle un modelo de liberación genuina y total.

El hombre es el camino de la Iglesia porque en todo hombre hay un vestigio de Dios, una chispa de la luz de Cristo, un destello del Cristo solidario del hombre en su integridad sicofísica. El Papa, y con él la Iglesia viaja para visitar al hombre; hace bromas y tiene salidas graciosas para llegar más fácilmente al hombre, juega-esquí-nada-sube montañas para hacer apreciar en su justo valor el deporte en la vida humana (¡Qué lejos del "bodybuilding" tan de moda en la hodierna sociedad!); habla y escribe para defender la verdad del hombre y sobre el hombre ante tantos ataques subversivos y frecuentemente subliminarios al auténtico humanismo; llama la atención, corrige y decreta para salvar al hombre de sus propias debilidades o de sus inconfesadas ambiciones; se adapta a costumbres y tradiciones de otros pueblos y de otros continentes para dejar bien claro el universalismo del humanismo cristiano, que no tiene confines de raza o color, de cultura o religión, sino que busca únicamente y con desinterés el bien integral de todo hombre.

En estos diez años de vida de la Iglesia, durante el Pontificado de Juan Pablo II, no han faltado interrogantes y cuestionamientos desde la sociedad o dentro de la misma Iglesia. La descristianización del Occidente con el ateísmo, la indiferencia religiosa y la irrelevancia de la religión en la vida social; el confucionismo doctrinal que ha cruzado como un ciclón muchas zonas de la comunidad eclesial y ha dejado turbados y desprovistos a millones de cristianos; la contestación y rebelión abierta de hombres y mujeres de Iglesia, internacionalizadas gracias a los poderosos medios de comunicación, que parecen deleitarse con el escándalo y la poca cordura de los contestatarios; la cultura de la muerte y de la manipulación generalizada contra la dignidad del ser humano; los virus contagiosos de la permisividad moral y las lacras de la desintegración familiar y de las aberraciones sexuales; el poder del terrorismo internacional y la política de bloques; los ídolos de las ideologías y de la producción; la estima superior del tener y hacer sobre el ser... éstos, entre otros, son problemas que el Santo Padre ha abordado con firmeza, claridad y constancia en el transcurso de estos años. No ha ce-

sado de repetir, con gran libertad de espíritu e incluso con intrepidez evangélica, verdades como la reevangelización de Europa, la dignidad del ser humano, la sacralidad de la vida, la actuación y aplicación del Concilio, los derechos y santidad de Dios.

A los jóvenes, constructores y responsables del siglo XXI, les ha descubierto Juan Pablo II las riquezas insondables de la personalidad de Jesucristo y las exigencias del Evangelio; les ha alertado de cara al servilismo de los placeres de evasión y a las falacias hostiles de las ideologías; les ha lanzado el desafío de construir para el Tercer Milenio una sociedad en que se implante y prevalezca la civilización del amor sobre la cultura del odio y de la intolerante hostilidad. El Papa reconoce que en los jóvenes está el porvenir de la Iglesia y de la civilización, por eso les ha prestado una atención y un afecto especial. Hay que salvar al joven de la nocividad ambiental oprimente en que vive, creando espacios de libertad; hay que salvarlo del mito de Narciso y Sísifo, que desde el interior de la conciencia destruye el altruísmo generoso y apaga el aliento de nobles y grandes ideales por los cuales vivir y dar la vida.

Han pasado diez años. Otra década ha desplegado su mapa de ruta ante la Iglesia y la humanidad. Alguien ha intentado aterrizar en el futuro y echar una mirada a los desafíos que esperan agazapados en las entrañas de la historia: el diálogo con el mundo del socialismo real, especialmente con Rusia y China; la presencia avasalladora y creciente del islamismo en todos los Continentes; el "estancamiento" del ecumenismo; la reconversión del catolicismo en Europa y América, a la vez que la inculturación del mismo en otros hemisferios; el liberacionismo latinoamericano; el relanzamiento de una teología en estado de buena salud; la armonía entre el pluralismo teológico y la unidad de fe y de moral, etc.

Dejemos al lado la proyección futurista. Son ciertamente temas que hoy día nos parecen insoslayables, pero la historia reserva sorpresas, incluso a los mejores adivinos. Es evidente, pues la historia, aunque la hacen los hombres, la guía la mano sapiente y amorosa de Dios. No dudo, sin embargo, en afirmar que Cristo, redentor del hombre y de la historia, continuará siendo el fulcro de reflexión y acción, de oración y lucha de este pontificado. El lema del Santo Padre "*Totus tuus*" se ha aplicado a Cristo y a María, por igual al hombre. Todo tuyo, hermano hombre.